

LOS ARCHIVOS OCULTOS DE CASTELROUX

James Ellison

A mediados del siglo XIX el Gobierno francés estaba llevando a cabo el proyecto de inventariar los monumentos artísticos más destacados de todo el país. Para ello había creado el Ministerio del Patrimonio y a través de éste había nombrado a una serie de Comisarios para que viajaran por toda la geografía nacional, realizaran exhaustivos inventarios y presentaran informes de los lugares visitados. Estos Comisarios, distribuidos por pequeñas zonas geográficas, estaban encargados también de consultar los archivos y anotar todo aquello que pudiera ser útil desde el punto de vista histórico y artístico.

Damian Leroy llegó a Villeneuve a mediodía, en la Diligencia semanal que recorría los pueblos desde Perpignan hacia el Pirineo. Lo primero que le sorprendió del pueblo fue la tristeza de sus calles. Era un pueblo gris en el que apenas se veía gente y las pocas personas que vio de camino al Ayuntamiento tenían una fría expresión en su rostro. De todas a las que saludó, ninguna le devolvió el saludo. No parecía un pueblo muy acogedor.

El Ayuntamiento estaba en la plaza principal. Damian entró en el edificio oficial y se presentó mostrando su acreditación, que incluía un permiso para consultar los Archivos Locales, que se encontraban allí mismo. Damian no quería perder tiempo y antes de instalarse en la posada pensó informarse de la historia del pueblo y de sus monumentos más destacados.

El personal del Ayuntamiento le contó que el pueblo había sido fundado apenas cien años atrás y que no disponía de ningún monumento artístico especial. Cuando Damian preguntó

por la Iglesia le respondieron que había ardido a consecuencia de un incendio producido por un rayo, de manera que, a falta de monumentos por inventariar, Damian trató de concentrar su trabajo en un rápido informe sobre la fundación y la historia del pueblo y pensó que aún tendría tiempo para salir al campo a hacer a algunos dibujos de los paisajes.

Para alojarse le sugirieron la Posada de la Fuente de Oro. No había recorrido la mitad del camino cuando, pocos metros delante suyo, encontró una mujer tendida en el suelo. A su lado, a la altura de la cabeza, había un charco de sangre. Dos personas se acercaban en aquel momento al lugar de lo sucedido y una tercera que salía de la puerta de una casa cercana dijo que iba a avisar a las autoridades.

Apenas casi nadie parecía conocer a aquella mujer y las versiones de lo sucedido fueron muy variadas. Se dijo que era una mujer casada que había huído de su marido porque era muy violento y que el marido no dejaba de perseguirla. Otra hipótesis era que tal vez algún ladrón o vagabundo había entrado en su casa y la había agredido hasta matarla. El cadáver presentaba varias contusiones que podían ser consecuencia de una agresión, pero la versión oficial fue que la mujer se había suicidado arrojándose desde su casa y que las contusiones se habían producido a consecuencia de la caída. Se rumoreaba que tal vez había dejado una carta de despedida.

Las autoridades se llevaron el cuerpo y las escasas personas que quedaban se fueron dispersando. Damian siguió el camino hacia la posada pero en un callejón lo detuvo un desconocido que tenía aspecto de vagabundo. Aquel hombre quería saber quién era, porque conocía a todos los vecinos del pueblo y su cara no le resultaba familiar. Damian, asustado, le contó su misión. El vagabundo creyó que Damian había sido enviado para sacar a la luz la verdad y castigar al pueblo por sus delitos. Damian dijo que no sabía nada de lo que estaba hablando, que lo único que tenía que hacer era consultar los Archivos y hacer unas breves anotaciones sobre la historia del pueblo.

El vagabundo había sido alguacil y afirmaba que en aquellos Archivos no iba a encontrar nada porque los Archivos que contenían toda la información sobre los crímenes cometidos se encontraban ocultos en el sótano del Ayuntamiento y se comprometía a ir con él a escondidas y enseñárselos. No dejaba de insistir en que la mujer había sido asesinada, que se trataba de un sacrificio para calmar a Kramas.

Damian no sabía quién era Kramas ni tenía intención de preguntar más porque creía que el vagabundo se había vuelto loco, así que le dijo que sólo le quedaba por saber cuál había sido el origen del pueblo y en cuanto tuviera los datos se iría.

El vagabundo, decidido a quedarse, le contó que el origen del pueblo no se encontraba allí, sino en otro lugar, en un valle cercano que pertenecía a Kramas:

- Cuando hace más de cien años – explicó el vagabundo - un grupo de colonos se instaló en el valle y comenzó a construir sus viviendas, Kramas se enfureció y lanzó una maldición sobre ellos porque se habían instalado en sus tierras. Desde entonces, los habitantes fueron muriendo víctimas de misteriosas enfermedades. Las tierras estaban malditas y no daban cereal, los animales se morían porque los pastos estaban envenenados. Hasta que un grupo de colonos hizo un pacto con Kramas para que les dejara marchar de allí, pero el pacto no fue bueno para ellos, porque Kramas les obligó a alejarse tan sólo unos kilómetros para que salieran de sus tierras y no los liberó de su maldición, exigiéndoles que realizaran sacrificios en su nombre. Desde entonces, en cada nueva generación, un grupo de personas sigue venerando a Kramas y sigue realizando sacrificios en su nombre. Naturalmente, hay adoradores de Kramas entre las autoridades, así que el pueblo está en sus manos. La mujer ha sido asesinada y ofrecida a Kramas en sacrificio. No piense que estoy loco, yo mismo no sé si todo esto es cierto o si Kramas existe o no, pero hay gente que lo cree. En los Archivos Ocultos encontrará el inventario de las personas sacrificadas desde la fundación del pueblo, y

lo que es más importante, el contrato redactado en el que se comprometían a salir del valle, instalarse aquí y seguir el culto de Kramas.”

Antes de irse, el vagabundo le dio la llave de la puerta trasera del Ayuntamiento, que conservaba desde sus tiempos de alguacil, y le dijo que tendría que descender a los sótanos y buscar los Archivos él solo, porque temía que quizá no le permitirían vivir mucho más tiempo.

Damian se marchó confundido. Todo parecía ser una fabulación del vagabundo. No creía en la existencia de Kramas, pero algo le decía que no podía rechazar la hipótesis de que un grupo de dementes sí que creyera en ello y hubiera formado una especie de asociación diabólica y asesinara a gente ofreciéndola en sacrificio a un ser de características maléficas inventado por ellos. Aunque la idea se le pasó por la cabeza, trató de no pensar mucho en ello. Pronto habría terminado su trabajo y se iría de allí para siempre.

En la Posada le recibió la hija del posadero, una joven que se llamaba Geraldine que le pareció muy hermosa y muy agradable de trato. Conversaron un rato y Damian no pudo evitar preguntarle por la historia de Kramas. Geraldine le contó que a los niños, cuando eran malos, sus padres les decían que vendría un horrible monstruo llamado Kramas y se los llevaría para siempre. Muchos niños habían crecido aterrorizados por la historia, pero luego había caído en el olvido. Sobre la fundación del pueblo se contaban historias acerca de la existencia de un lugar llamado Castelroux, cuyo nombre procedía tal vez de las colinas del valle donde se encontraba, formadas por una piedra arcillosa de color rojizo; la gente se había ido de allí porque las cosechas eran escasas y los campos ni siquiera eran buenos para pastos. Aquellas personas fueron las que fundaron Villeneuve.

Damian pensó en lo extraño de escuchar dos historias tan diferentes sobre el origen del pueblo y sin embargo tan coincidentes en algunos elementos, y no pudo evitar recordar a la mujer tendida en el suelo y las diferentes versiones de su muerte.

A la mañana siguiente fue al Ayuntamiento para consultar los Archivos. Al llegar a la plaza se encontró con que el vagabundo estaba en medio de ella gritando: “¡Asesinos! ¡Sois unos asesinos! ¡Esto no se acabará nunca, Kramas siempre tendrá sed de más sacrificios!”.

Damián saludó a los funcionarios, que le enseñaron una sala en la que se conservaban los Archivos Locales. Se dispuso rápidamente a recopilar información, pero apenas encontró datos sobre la formación del pueblo. Al parecer, un grupo de agricultores, ganaderos y artesanos que procedía de un pueblo vecino había instalado unas casas allí y poco a poco el pueblo había ido creciendo en un ambiente de prosperidad y tranquilidad. Pero la versión según la cual los colonos se habían instalado allí buscando mejores tierras que las que habían conocido anteriormente no parecía coincidir con la aridez de las tierras circundantes que el propio Damian había observado durante su viaje y, si alguna vez había habido prosperidad en el pueblo, no quedaba ninguna huella de aquello. No obstante, no era razón suficiente para pensar que los habitantes se hubieran visto obligados a cambiar de lugar a consecuencia de una maldición diabólica; tampoco había datos acerca de la existencia del pueblo anterior, Castelroux ni, por tanto, razones de su posible abandono.

La sala donde se encontraban los archivos tenía una ventana que daba a la plaza y Damian no podía concentrarse en su trabajo porque, a través de los cristales, se escuchaban los gritos del vagabundo. Por fortuna, el vagabundo dejó de gritar y Damian pudo continuar, aunque el contenido de los documentos no cambiaba y no había más que papeles administrativos, compras y ventas de inmuebles y tierras. En definitiva, no había nada que hubiera sacado nunca al pueblo de un estado de rutina o de letargo constante. No había ninguna referencia a asesinatos, ni tan siquiera a muertes violentas ni accidentes sospechosos, ni mucho menos a sacrificios.

Cansado de leer, miró hacia la ventana para relajar la vista y vio que en medio de ella había un hombre ardiendo, con el cuerpo prácticamente cubierto de llamas. Damian cogió su

abrigo y salió apresurado de la sala, bajó las escaleras, atravesó la plaza para llegar hacia el hombre y lo cubrió hasta conseguir apagar las llamas. Ya era tarde, el hombre había fallecido; aunque su rostro había sido deformado por el fuego, Damian pudo comprobar que se trataba del cadaver del vagabundo. Nadie había acudido a ayudarlo.

Cuando llegaron las autoridades, la versión oficial fue que el vagabundo se encontraba en un estado de ebriedad tan grande que se había quedado dormido en un granero con un cigarro encendido y se había prendido fuego. Damian no pudo evitar sospechar que el vagabundo estaba en lo cierto y que había sido asesinado sin que nadie hubiera hecho nada por impedirlo.

Damian volvió al ayuntamiento y preguntó nervioso a los funcionarios si era cierto que tenían unos archivos escondidos en el sótano, lo que los empleados negaron tajantemente. Damian les preguntó por Castelroux, por Kramas, pero sólo obtuvo la respuesta de que se trataba de cuentos inventados para asustar a los niños y que formaban parte de una tradición del pueblo prácticamente olvidada. Damian se sintió amenazado ante la mirada de aquellos hombres, así que se despidió diciendo que su trabajo ya había terminado y que se iría al día siguiente por la mañana. Regresó a la posada y se tumbó en la cama a reflexionar. Decidió que cuando llegara a Perpignan avisaría a las autoridades para que investigaran, pero pensó también que le tomarían por loco, así que se armó de valor para hacer una visita secreta al Ayuntamiento y tratar de ver si era cierta la historia de los Archivos Ocultos.

De madrugada, Damian salió a escondidas de la posada. No había nadie en las calles. Dio la vuelta a la plaza y encontró la puerta trasera del ayuntamiento. La llave que le había dado el vagabundo funcionó. Entró a oscuras en el edificio y una vez en el interior encendió una vela que había cogido de la habitación de la posada. Pronto encontró una puerta que daba al sótano y descendió hasta llegar a una sala llena de cajas. Abrió una cuidadosamente y en su interior halló una gran cantidad de papeles con referencias a Castelroux, llenos de dibujos que mezclaban ritos y símbolos esotéricos, pentáculos, calaveras... Todo parecía un disparate, la

invención de un grupo de dementes. Había manuscritos en los que se contaba la historia de Kramas, llena de episodios siniestros cometidos por algo parecido a un demonio, y junto a ellos, manuales que explicaban el culto a Kramas, ritos de iniciación y sacrificios. Eran los Archivos Ocultos; en aquel sótano se encontraba, oculta, tal vez la verdadera historia del pueblo, o tal vez una farsa, una ficción inventada por unos locos con el fin de eliminar la verdad de la historia real. En otra caja encontró los nombres de las personas que habían sido sacrificadas junto a copias de sus certificados de defunción, con causas inventadas de sus muertes. No recordó que ninguno de aquellos nombres estuviera en los Archivos Oficiales; si aquellas personas eran reales y habían existido, no cabía duda de que habían sido asesinadas y que más allá de aquellos Archivos se había tratado de borrar su huella para siempre.

Asustado por unos ruidos, Damian echó a correr para salir de allí lo más pronto posible pero cuando llegó a la plaza se vio rodeado por un grupo de personas. Era un grupo de ancianos. Uno de ellos trató de tranquilizarle; sólo querían hablar con él. Le explicó que pertenecían a la generación más antigua de Villeneuve. No habían conocido Castelroux pero sus padres les habían hablado de Castelroux y de Kramas; la historia era una tradición del pueblo que se había ido transmitiendo de padres a hijos y que normalmente se contaba a los niños cuando cometían alguna travesura para asustarlos, pero algunos niños que la habían creído habían seguido creyendo en ella al hacerse adultos y habían creado un grupo de auténticos adoradores de Kramas. Los ancianos estaban aterrados porque, aunque siempre había habido algunos casos aislados en cada generación, las nuevas generaciones de jóvenes habían crecido creyendo tan firmemente en Kramas que se habían unido para rendirle culto y cada vez estaban más sedientos de sacrificios.

Entre el grupo de ancianos se encontraba el posadero, que llevaba en la mano la maleta de Damian con sus pertenencias y se ofrecía a llevarlo inmediatamente al pueblo vecino, desde

donde podría coger un coche para irse a Perpignan. Debía darse prisa porque los jóvenes lo estaban buscando. Damian pensó que no tenía otro remedio que aceptar el ofrecimiento.

A poca distancia del pueblo, un grupo de jóvenes les salió al paso. El posadero les instó a que se apartaran del camino. El grupo le preguntó si creía o no en Kramas. El posadero les respondió que eso no importaba, y que, aunque fuera verdad todo aquello, los sacrificios tenían que terminar. Entre el grupo una voz se dejó notar, era la joven Geraldine, que gritaba a su padre que pagaría caro no creer en Kramas. El posadero no se sorprendió al verla entre los jóvenes, ya que cuando era pequeña le había contado muchas veces la historia y ella la había creído siempre, y de niña había tenido miedo a que si hacía algo mal Kramas le haría daño; pero como otros jóvenes, había firmado un pacto con él y desde entonces estaba de su lado.

El posadero trató de convencer inútilmente a Geraldine de que Kramas no existía, que no era más que un cuento para asustar a los niños.

Los jóvenes les ataron y les obligaron a ir con ellos. Al poco tiempo llegaron a Castelroux. El pueblo estaba completamente en ruinas. Las casas, alumbradas apenas entre tinieblas por las antorchas de los jóvenes, tenían un aspecto lúgubre. A la puerta del cementerio unos jóvenes hicieron una hoguera y comenzaron a realizar un extraño ritual mientras otros escribían unos documentos con la solemnidad de un acto oficial: el primero de los documentos certificaba que Damian Leroy había fallecido víctima de un incendio. Le explicaron a Damian que el documento iría a los Archivos Oficiales y a Perpignan con sus pertenencias. El segundo, destinado a los Archivos Ocultos, informaba que Damian sería sacrificado esa misma noche en las ruinas de Castelroux; su cadáver sería enterrado en el cementerio del antiguo pueblo y su alma sería devorada por Kramas. El documento fue firmado por Geraldine, que parecía ser una especie de sacerdotisa. Geraldine extendió los brazos y pronunció unas palabras que formaban parte del ritual que Damian había podido leer

en un documento de los Archivos Ocultos: “Kramas, te ofrecemos en sacrificio estos dos hombres. Prometemos continuar tu doctrina más allá de estos montes e ir extendiendo tu culto a las siguientes generaciones”.

Damian se negaba a admitir que nada malo les fuera a suceder, porque no creía que una hija pudiera asesinar cruelmente a su padre, pero aquellas palabras fueron lo último que le permitió escuchar el ruido de las llamas agitadas por el viento.